

EL ARTE DEL BUCEO EN APNEA



Hablando con mi amigo Pedro Carbonell, varias veces campeón del mundo de pesca submarina, y cuando observo a los que como él practican la pesca submarina a ese nivel, uno descubre otro deporte, una actividad que se mueve a caballo entre el control de las leyes de la física y la capacidad de resistencia del ser humano cuando se ve sometido a la presión del agua. Y es que, para bucear como ellos hay que saber de compensación de órganos, de medir tiempos, y sobre todo dominar las pausas entre cada inmersión, además de mostrar mucha tranquilidad; es, en definitiva, un complicado ejercicio que muy pocos logran practicar a ese altísimo nivel.

Un deporte que se empezó practicando a diez metros de profundidad, pero que hoy se desarrolla cerca de los cincuenta; algo sorprendente y casi inhumano para los que practicamos el buceo con botellas de aire comprimido, que no de oxígeno como dicen algunos, que sirven para soldar metales. La largas ventilaciones pulmonares, los elásticos anudados a la espalda para tener una ligera tendencia positiva cuando hay que regresar a la superficie, o los trajes amoldados al cuerpo constituyen solo una parte de este apasionante mundo al que tienen acceso muy pocos. Pedro insiste en que todo se aprende con la práctica, pero yo estoy convencido de que hay que nacer con un organismo privilegiado, como por otra parte le sucede a él, que pertenece a la familia del campeón de campeones mallorquín Joan Amengual, que durante dos décadas se hizo con todos los récords del mundo.

Por eso decía la semana pasada en éste Suplemento Joan Mas, Presidente de la Federación Balear, que les acusaban de depredar los fondos marinos debido al desconocimiento que hay sobre esta actividad. Yo recomendaría a los lectores que viesen la película El Gran Azul, donde se relata la vida de dos mitos de las profundidades en apnea, y en la que se muestra en toda su crudeza qué puede pasar cuando un ser humano decide pasar de los diez metros de profundidad provisto de un tubo de goma y una gafas. En cuanto al daño que se produce a los peces, como acusan mis amigos del GOB, creo que en esta ocasión se equivocan de parte a parte y no son justos con este bello deporte en el que el hombre siempre está en inferioridad con su presa, pues eres tú el que te metes en su mundo sin ayudas de ningún tipo. Un solo buque arrastrero de mediana capacidad destroza más especies en un día que todos los cazadores subacuáticos de España juntos. Pero la presión de los pescadores y el miedo que les tienen los políticos por tratarse de un colectivo ruidoso e importante en nuestro país les permite jugar con los límites de la Ley para mantener unas reducciones mínimas de capturas. Por eso, solo ellos son los responsables del aniquilamiento de muchas especies que se ha venido produciendo estos últimos años. Los que regulan desde Madrid, de una forma demagógica, prefirieron limitar primero las capturas de los pescadores deportivos, para satanizar después a los subacuáticos: dos colectivos que sumados todos sus practicantes no llegan a la capacidad de aniquilamiento que tienen los barcos profesionales de un solo

puerto de nuestra costa.

Pescar bajo el agua es muy complicado, no solo por la profundidad sino también por la refracción, la influencia de la presión sobre nuestros órganos y otros fenómenos físicos que se suman a la propia dificultad de tener que aguantar la respiración tanto tiempo mientras el agua aplasta tu cuerpo a medida que alcanzas mayor profundidad. Como todo en la vida, solamente la moderación es la encargada de regular los equilibrios naturales. Pero podemos asegurar sin temor a equivocarnos que la pesca submarina es una actividad poco invasiva y natural, basada en unas complejas capacidades del ser humano que muy pocas personas poseen para poder hacer daño a los ecosistemas marinos, y por lo tanto, no se pueden exterminar especies con facilidad, pues llegar hasta ellas constituye ya una hazaña.